

Sebastián Celestino Pérez
IH-CSIC

Madrid, 7 de Abril de 2000

Querido Mariano,

Como sabes, siempre me he resistido a hacer reseñas sobre libros de otros colegas, sobre todo porque somos reacios a introducir la sana costumbre anglosajona de crear un mecanismo de respuesta rápido por el que el autor pueda aclarar o defender las críticas que puedan verse sobre su trabajo; espero que los nuevos medios informáticos ayuden a solventar estos obstáculos, y Arqueoweb, como ha dejado patente en varias ocasiones, tiene la oportunidad de ser el medio más idóneo para abrir este canal de discusión que intentó, y además con éxito, otra revista en formato impreso que, desgraciadamente, desapareció hace unos años. Mientras tanto, prefiero enviarte esta misiva que te abre la posibilidad de contestarme, aunque si lo prefieres, también podemos hablarlo mientras tomamos café en el bar de la Facultad, junto a la fotocopiadora del Departamento o mientras navegamos hacia las costas sardas.

Mi primera y más importante intención es la de felicitarte por este magnífico trabajo que, como bien dice nuestro común amigo Ruiz Mata en su Prólogo, actualiza toda la información que hasta el momento teníamos del mundo funerario, y ello a pesar del vacío bibliográfico de los dos últimos años, lógicamente obligado por la edición, pero que tampoco ha aportado datos importantes como para que se vean perjudicadas tus conclusiones; es más, se aprecia claramente que has incluido algunos artículos que salieron a la luz tras tu primer trabajo académico. Tanto estos nuevos datos como las ideas que desarrollas enriquecen sensiblemente el texto, aunque algunas de ellas, como bien sabes, no puedo compartir, principalmente porque entran en contradicción con algunas de las hipótesis que esbozo en mis escritos; aunque también es cierto, como puedes imaginar, el trauma que supondría para mí, y para cualquiera, el tener que renunciar ahora y a mis años al denodado, que no se si acertado, trabajo de toda una década; este último motivo, que aquí quiere ser burlón, ha causado en ocasiones serios perjuicios a la Arqueología cuando algunos autores han optado por la huida hacia delante antes que plegarse a evidencias históricas desentrañadas por trabajos posteriores.

Me ha llamado la atención la gran formación arqueológica que ya se aprecia en este trabajo "de juventud", sobre todo para alguien como yo que me adentré en este mundo algo tarde y que casi me avergüenza revisar mis primeros trabajos, carentes de una buena visión de conjunto, algo que tú solventas con envidiable soltura a lo largo del libro, independientemente del cumplido capítulo que dedicas a la historiografía del fenómeno. Por otra parte, y siempre teniendo en cuenta que el libro es una consecuencia de tu tesis de licenciatura, espero que no te moleste que te diga que uno de los mejores capítulos es el dedicado a la documentación arqueológica; todos tenemos asumido que un buen trabajo arqueológico de conjunto debe ir inexorablemente precedido de un exhaustivo catálogo de los yacimientos u objetos que vamos a estudiar, pero en la mayor parte de los casos estos se elaboran como un mero trámite, sin la menor consideración hacia el puñado de investigadores que en algún momento deberán consultarlo, por lo que la abulia que suele acompañar a estos

esenciales capítulos suele estar garantizada; por ello, es de agradecer el enorme esfuerzo que has hecho para que en este caso no sea así, procurando no sólo omitir datos de menor interés, que para eso están las memorias originales de los respectivos autores, sino que hayas sintetizado con precisión la información básica necesaria para que podamos hacernos una buena composición de cada uno de los enclaves que describes, y de donde se extrae la sensación de que los conoces a la perfección. No menor elogio merecen las páginas que dedicas al análisis de esa documentación, donde expones con gran nitidez las diferentes estructuras que acompañan a los rituales funerarios tanto del Bronce Final como del Período Orientalizante.

Para terminar con este análisis formal del libro, he de confesarte que me sentí un poco agobiado por el bombardeo a que nos sometes en tus conclusiones, tal vez demasiado densas y, lo que más me llama la atención, muy categóricas para ser tu primera aproximación a un problema tan complejo; te lo digo porque si algún día tienes que arrepentirte de los que aquí defiendes, que sin duda lo harás en algunos de los puntos que aquí defiendes, te resultará mucho más traumático.

No quiero que la presente se convierta en una epístola interminable, ni aprovecharla para defender mis teorías sobre algunos de los puntos que defiendes, pero sí me gustaría al menos tocar un par de puntos que me afectan más directamente; aunque vaya por delante que la defensa que haces de tus teorías tienen un cimiento muy sólido, y dejas pocos resquicios para que sea quebrantado. En primer lugar, te apoyas en unos rasgos culturales específicos para definir una etnia común al territorio afectado por el estudio que, a grandes rasgos, ocuparía todo el cuadrante suroccidental de la península. Sin embargo, creo que habría que distinguir claramente entre la dispersión que se aprecia en el Bronce Final y la del Período Orientalizante, pues no está muy claro que todo ese amplio cuadrante geográfico se le pueda denominar como tartésico hasta la colonización fenicia, y siempre haciendo la distinción obligada entre lo que realmente es el foco o núcleo tartésico, restringido al Bajo Guadalquivir y sur de la provincia de Huelva, de lo que es su periferia inmediata o los territorios más alejados donde tan sólo aparecen objetos orientalizantes, pero no rasgos culturales definitorios de esta cultura; algo que por otra parte sí que dejas claro en un artículo de divulgación que editas precisamente en Arqueoweb. Pero tampoco estoy muy convencido de que podamos delimitar etnias o culturas basándonos en "rasgos culturales específicos" que las unan, pues sería como si, amparándonos en este argumento, utilizáramos el vaso campaniforme, las puntas Palmela o los botones en "V" para definir una etnia o cultura específica del Calcolítico peninsular, indudablemente sobrepasaría con mucho cualquier límite territorial lógico para buscar una coherencia cultural. Por lo tanto, la presencia de cerámicas con decoración bruñida no deberían ser un marcador cultural definitivo, aunque evidentemente sea un objeto enmarcado casi exclusivamente en este territorio, más por la cercanía del núcleo donde se generó, lo que evidencia incipientes relaciones comerciales, que por ser un rasgo propio de la cultura tartésica, aún en período de formación.

Otra consideración merecen las estelas de guerrero, con una personalidad muy acusada y una complejidad de símbolos y de composiciones escénicas que sí pueden definir claramente una unidad cultural. Pero curiosamente, como sucede con las estelas diademadas, los ídolos-guijarro o la orfebrería del Bronce Final, son elementos desconocidos en el núcleo tartésico, por lo que parece más un rasgo del interior que de la zona que va a recibir directamente la colonización fenicia. Haces mucho hincapié, siguiendo a Eduardo Galán, en la red de intercambio que parecen plasmar

estos singulares monumentos, dibujando en esta época lo que posteriormente se conocerá como la Vía de la Plata. Pues bien, debo negarme a aceptar este argumento que parte de premisas cuando menos inexactas: las estelas aparecen muy alejadas de esa ruta y no dibujan en absoluto una vía homogénea de penetración hacia el interior; es más, cada día es más evidente que aparecen agrupadas en lugares muy concretos, detectándose conjuntos de hasta siete monumentos en un espacio muy reducido, en paisajes muy abiertos que no definen ninguna vía natural; si las estelas definieran vías de comunicación, te aseguro que la red viaria del Bronce Final sería más compleja que la de la actual red de carreteras. Pero además, y es una gran aportación por tu parte, demuestras que las necrópolis también se integran junto a lugares de control, puertos, valles o vados, actuando como marcadores de una propiedad de la tierra. Estoy absolutamente de acuerdo con ello, como lo estoy con que las estelas también se sitúan en numerosos casos en algunos de estos puntos, ¿pero es que acaso no es de pura lógica?; creo que se ha abusado continuamente de la situación estratégica o de los controles visuales de los asentamientos, y por ende de las necrópolis que se organizan junto a ellos, ¿sería comprensible que un pequeño grupo de población se instalara en un lugar escondido alejado de cualquier relación con otros grupos?; desde que el hombre es tal, siempre se han ocupado pasos estratégicos para defender sus intereses, para tener acceso a los avances de otras culturas o para prevenir cualquier desestabilización social; otra cosa es intentar dilucidar un patrón de asentamiento que sirva para analizar la explotación económica del entorno, pero en este punto aún estamos en mantillas por la escasa información que aún tenemos del Bronce Final del Suroeste peninsular. Por el contrario, cuando te centras en las necrópolis tartésicas, extraes unas conclusiones que se me antojan fundamentales para entender la complejidad social de esta cultura, pero ya amparándote en datos fiables que son los que te permiten argumentar con gran solidez

En cuanto al catálogo de necrópolis o tumbas que incluyes, sólo quiero hacer un par de aclaraciones que ya conoces; la primera, que las placas de oro aparecidas en el yacimiento de Pajares, en Villanueva de la Vera, no aparecieron en un contexto funerario, sino que cuando se realizó la excavación del enclave se exhumaron una serie de cabañas a las que se asociaban, por lo que seguramente se correspondan con una ocultación como otras de objetos de bronce que se han documentado en otros poblados de la zona. Y en segundo lugar, que cada día estoy más convencido de que el tesoro de Aliseda no pertenece a ninguna tumba, sino a una ocultación o un edificio muy especial donde se guardaban estos elementos tal vez para el culto; la ausencia de urna y, sobre todo, de restos humanos, ya inhumados o cremados, invita por lo menos a tener en cuenta esta apreciación, más aún cuando ninguno de los grandes tesoros hallados en el Suroeste se pueden relacionar claramente con el mundo funerario.

Mucho más compleja es tu conclusión sobre el origen del rito de la cremación, que además consideras como la mejor aportación de tu trabajo; en este caso prefiero tu artículo de Complutum 7, donde argumentas perfectamente la inviabilidad de un origen mediterráneo y defiendes, como parece lógico, su existencia previa a la llegada de los fenicios. Para serte sincero, yo aún no lo tengo nada claro, y el hecho de que existan inhumaciones en, por ejemplo, Roça do Casal do Meio, en pleno Bronce Final, y en Belvís de la Jara, en el Orientalizante del interior, además de los numerosos ejemplos de esta dualidad que se detectan en el territorio nuclear tartésico, no hacen sino alimentar mi confusión. Por ello, tampoco me convence la idea de que sean los Campos de Urnas los protagonistas de la introducción del rito, sobre todo porque

existen otros elementos asociados a ellos que no se detectan en esta área. Me pregunto si tú estás absolutamente convencido, lo digo porque me da la sensación de que la deducción a que llegas es más producto del descarte razonado de las hipótesis vertidas hasta el momento que de la argumentación arqueológica del hecho histórico.

Antes de finalizar quiero decirte, sin acritud, que no te perdono los continuos "bles" como caracterizable, adscribible o datable, o los terribles "a nivel de" que inundan el texto, un estilo que se ha implantado entre los de vuestra generación y que produce cierta dentera, sobre todo para los que, no lo olvidemos, somos de Letras. Pero si quiero concluir reiterándote mi más sincera enhorabuena por tu excelente trabajo, y agradecerte la nueva visión que de este complicado mundo nos has proporcionado de la manera más amena y clara que un trabajo de este tipo puede ofrecer;

Un abrazo,

Sebastián Celestino Pérez
IH-CSIC